

Joseph Andrews y su contexto social

por ANA ALBERTINA MACTAS

Cuando durante la segunda guerra mundial las fuerzas del mundo se alineaban un poco como los ejércitos del bien y del mal, fué alrededor de la figura de Milton que se realizó en Inglaterra un simposio sobre la libertad de prensa. Lo que en realidad se exaltaba allí era la tradición militante de la literatura inglesa. La causa de este carácter sostenido a través del tiempo —por lo menos en sus exponentes más ilustres— la debemos detectar quizás en el temprano desarrollo de la revolución burguesa que al apuntar impetuosa y realista encuentra en muchos de los escritores soldados eficientes para derribar el caduco edificio feudal.

Vanguardia de esta singular milicia, fruto primigenio, jugoso e inmarcesible es Chaucer, aquel hijo del comerciante en vinos que recorrer triunfal el camino desde la alegoría, armadura bella y decorativa pero prisión al fin, hasta las sueltas y alegres vestiduras de sus "Cuentos de Canterbury" en las que se mueve con libertad fecunda.

Con derecho propio forma parte de esta teoría de figuras ilustres el propio Milton mezclado a las luchas políticas de su tiempo, que salta de la poesía al teatro a los panfletos, persiguiendo el miraje de su utopía, grandioso en su ceguera, amargado porque la revolución burguesa, por su propio mecanismo interno lo ha traicionado.

Le sigue Bunyan, su contemporáneo, el apasionado peregrino, el hombre de acción que blandiendo su espada flamígera cae y se levanta y cae su búsqueda de la ciudad prometida.

¿Quién más luchador que Swift, el rabioso deán irlandés, que pudo decir con razón en su epitafio: "El cuerpo de Jonathan Swift, doctor en teología, yace aquí donde la fiera

de ser considerado como el verdadero iniciador en Inglaterra de este último género literario.

Es indudable que Fielding escribió por sobre todas las cosas con el propósito de combatir los males sociales. Pero si un Swift o un Voltaire con el fin de moverse más libremente, imaginan viajes maravillosos a países inexistentes, a Fielding le basta mirar a su alrededor con ojos desnudos y corazón caliente, le es suficiente mezclarse con todas las clases sociales, con el inframundo del hampa, con el inframundo de la nobleza, tomar contacto con tahures, comerciantes, mujercuelas de las clases bajas y altas para que este conocimiento de primera agua de la realidad circundante le permita lograr una serie de admirables frescos del siglo XVIII.

En cierta ocasión criticaba Marx a los que abordan fenómenos reales como por ejemplo los del siglo XVIII y no escriben más que la historia descarnada de las ideas desprendidas de los hechos y desarrollos reales que les debieron servir de base. Precisamente en Fielding encontramos el testimonio de un escritor que aprende las cosas como son y no como las sagradas entelequias de que hablaba Marx. Por esto se pudo decir con justicia de Fielding que "junto a Hogarth constituye la más poderosa expresión artística de la conciencia social de su época".

Y no es a Henry Fielding que le faltase un cuerpo de ideas, lo acota Sherburn con acierto. Es Fielding uno de los novelistas en que se ve más claramente su sistema de ideas y no sólo en *Amelia* y *Jonathan Wild*, sino también en *Tom Jones* y *Joseph Andrews*.

Es através de este último libro —no por cierto su obra capital— que es posible ver claramente la columna vertebral ideológica que lo sostiene y darse cuenta con pristina claridad que si sus ideas toman vida y vigencia absoluta; es porque ellas son las ideas fecundas en su tiempo, las del capitalismo en ascenso. Y también nos apercibimos que la burguesía en su etapa de clase progresista no puede luchar por sus derechos sin bregar al mismo tiempo por los derechos y libertades de toda la humanidad.

su primigenia intención y Fielding sin desaprovechar la gracia de situación tan peregrinal la convierte por vía de su aguda percepción, su visión de la vida y de las cosas, su amor a su país y las gentes que lo pueblan en obra de primerísimo rango.

Fielding sabía muy bien que la parte más importante de su obra era el comentario sobre la vida de su tiempo. En nuestra novela lo hace tan minuciosamente que logra dar un corte transversal de su época en el que no falta ninguna de las instancias de la vida social. Pocas veces se ha dado cuadro tan acabado de una sociedad dividida en clases y por momentos resulta estremecedor en libro tan vitalmente cómico la intuición del artista para percibir los resortes que mueven a la sociedad. No queda nada por iluminar desde la situación del escritor asalariado, sus relaciones con los editores, la de los artistas de teatro, los políticos, los sirvientes, el clero.

El escenario principal de *J. Andrews* lo constituyen los caminos de Inglaterra que Fielding tanto amaba, poblados por el ejército de desocupados cuyo origen eran los campesinos despojados de sus tierras en el siglo XVII y que se iban a transformar en el formidable ejército de proletarios a través de los cuales se iba a realizar la revolución industrial. A lo largo de este camino y de las hosterías que lo pueblan, escenario por otra parte propio de la novela picaresca, tienen lugar las aventuras de Joseph y de su amigo el párroco Adams.

Estas aventuras nos ilustran explícitamente sobre la situación de los criados y del bajo clero. Joseph, muchacho dotado con los dones de la hermosura física, voz privilegiada y una inteligencia despierta es trasladado en casa del Lady Booby de una ocupación a otra, de los establos al comedor, del comedor a llevar el perrito faldero de su ama sin ninguna consideración a sus verdaderas aptitudes, sino de acuerdo a los caprichos y concupiscencia de su ama. Es en el momento en que se descubre su origen noble que aparecen sus cualidades como si ellas hubiesen nacido en este preciso instante. ¡Cómo debía sublevar al generoso Fielding tantas energías dilapidadas, tantas aptitudes desperdiciadas!

¿Quién más luchador que Swift, el rabioso deán irlandés, que pudo decir con razón en su epitafio: "El cuerpo de Jonathan Swift, doctor en teología, yace aquí donde la fiera indignación no puede ya lacerar su corazón. Prosigue tu camino viajero e imita si puedes al que luchó denodadamente para defender la libertad"?

Después Dickens, esencia del genio inglés, a quien le toca su suerte vivir en la época crucial de la revolución industrial, y que puebla su mundo mezcla de lo fantasmagórico y real con sus niños desposeídos de amor o de pan, personajes infantiles de impar factura y de indudable valor sociológico.

Y, qué decir del otro irlandés urticante, G. B. Shaw que destruye más de lo que crea, al reducir a polvo las superestructuras del derecho y la moral insostenibles sobre una estructura tambaleante?

¿No es acaso una escritora social, Virginia Woolf, cuya penetrante inteligencia vibra en cada página, la que cuando mira una hoja, no sólo ve su color o el admirable dibujo de sus nervaduras, sino que ya la ve otoñal, ya marchita y en disolución, ya mezclada con el humus sagrado? ¿No es acaso militancia su búsqueda casi dolorosa de las motivaciones que rigen las relaciones humanas?

Y si llegamos a los "angry young men" de nuestro tiempo, podemos afirmar que a pesar de sus enormes limitaciones y de sus actitudes denotantes alientan una genuina preocupación por el destino del hombre y el porvenir de su isla.

Entre todos ellos, robusto y jocundo, tan inglés como el roast-beef, buen catador de cerveza, gustador de bellas mujeres, se encuentra Henry Fielding. Juez de paz para combatir el cohecho y la vagancia, dramaturgo que usa sus piezas para luchar contra los vicios políticos, no vasta por imperativo categórico pue-

absoluta; es porque ellas son las ideas fecundas en su tiempo, las del capitalismo en ascenso. Y también nos apercebimos que la burguesía en su etapa de clase progresista no puede luchar por sus derechos sin bregar al mismo tiempo por los derechos y libertades de toda la humanidad.

En realidad en el siglo XVIII tiene lugar un viraje en la concepción del cuerpo social: las jerarquías se mantienen pero se pone el acento sobre la unidad de la trama social, ya que la clase ascendente se apercibe de que para lograr la concentración de dinero que necesita debe lograr esta unidad apelando no sólo a la razón sino también al sentimiento.

Hay al mismo tiempo un cambio fundamental en la relación escritor-lector, aquél no se dirige ya sólo al individuo aislado sino como integrante de una masa, pues la clientela intelectual ha variado. En sus páginas sobre el Robinson Crusoe lo expresa V. Woolf: "Una clase media ha nacido apta para leer y ansiosa de leer no sólo sobre los amores de príncipes y princesas sino acerca de sí mismos y de sus vidas monótonas". J. Andrews constituye una ilustración artística de esa situación y de ese viraje social.

El origen de la novela es harto conocido. Menos de un año antes de su aparición Samuel Richardson había publicado con éxito clamoroso su Pamela, historia de una sirvienta virtuosa que resiste heroicamente los ataques reiterados de su señor quien, al fin y a la postre, se casa con ella. Este libro y su éxito tenían, por supuesto, que rebelar a Fielding, quien odiaba de todo corazón la hipocresía y el sentimentalismo lacrimógeno y sobre todo no podía tolerar esa virtud a cuentagotas.

Fielding concibe como contrapartida eminentemente humorística un hermano de Pamela, joven criado casto que debe resistir una y otra vez los asaltos a su virtud de su ama Lady Booby. La novela, como ocurre muchas veces en la obra del escritor de genio, va más allá de

Es en el momento en que se descubre su origen noble que aparecen sus cualidades como si ellas hubiesen nacido en este preciso instante. ¿Cómo debía sublevar al generoso Fielding tantas energías dilapidadas, tantas aptitudes desperdiciadas!

La situación del bajo clero al que pertenece, el personaje más definido de la novela, el entrañable párroco Adams suerte de don Quijote olvidadizo y erudito, no es mucho mejor que la de Joseph mismo. No puede hablar con Lady Booby o Sir Tomas más que por intermedio del ama de llaves, Mrs. Slipslop que parece pintada por el pincel de Hogarth o quizás podría encajar en un grabado de Goya. Su hijo, muchacho de treinta años, pozo de sabiduría no consigue ser ordenado por el obispo, porque por su misma posición no ha podido llegar a la universidad.

Capítulo importante es el dedicado a la compra de votos en que aparece un personaje epistólico dibujado en unas cuantas, líneas tipos acabados, que pululan en la obra, Sir Oliver Hearty que "había prometido hacer todo por su patria y que lo hubiese hecho según creo, si no fuese por sus partidas de caza a la que estaba tan apegado que en cinco años había ido sólo dos veces al parlamento y en una de ellas no había aparecido en el recinto.

Nadie ha descrito con más simplicidad y eficacia que Fielding cómo la justicia es un arma de la clase en el poder. Cuando Lady Booby desea castigar a Fanny y a Joseph por el horrible delito de quererse y su portavoz es el abogado Scout: "las leyes de este país no son tan vulgares para permitir que un individuo de baja extracción pueda luchar con una persona de la fortuna de su señoría. Tenemos una carta segura, esto es conducirlos ante el juez Frolick quien al oír el nombre de su señoría los condenara sin hacer ninguna cuestión".

Fielding fué maestro impar para pintar lo que él llamó en un capítulo memorable la "escalera de la dependencia" cuyos escalones como agudamente percibió y expresó con móvi-